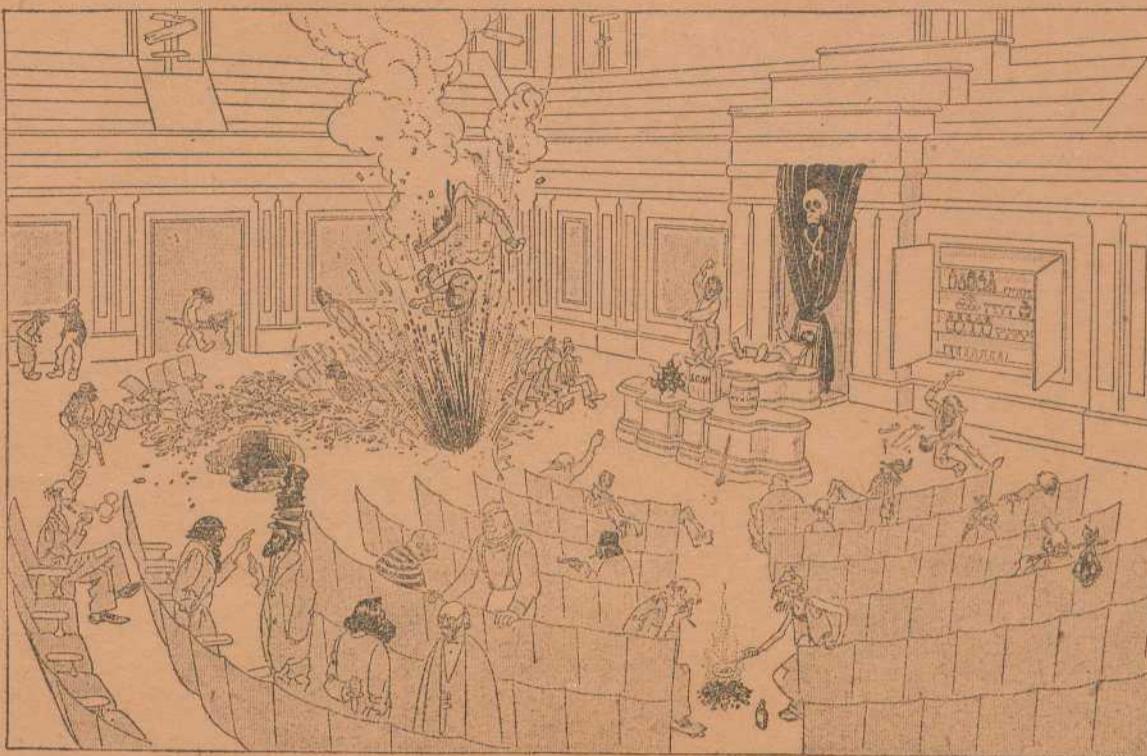


COMO DICEN QUE SERÁ



Durante el discurso de apertura de la asamblea maximalista.

pidieron con profundas inclinaciones y efusivos apretones de manos.

La mujer de Tobias está ahora contentísima.

Los vigilantes, cada vez que encuentran a su ex compañero, lo saludan con venias asaz pronunciadas. Y el comisario le busca con frecuencia y le lleva a su oficina, para suministrárle importantes informaciones que le reserva, indisponiéndose por él—según le dice,—con los cronistas de las demás publicaciones.

Tobías corresponde a esa distinción, manteniendo con sus ex jefes una cordial armonía.

Eduardo ALONSO CRESPO.

Las brujas

Tan difundida estaba en otros tiempos la creencia en la existencia de brujas y hechicerías malignas, que los anales de la mayor parte de las ciudades europeas refieren monstruosos procesos que acababan trágicamente para algunas infelices, muchas de las cuales, acaso enajenadas por la locura general, confesaban haber celebrado pacto con el diablo. Caso típico de los extravíos de esta superstición es el que refiere en un curioso libro Baltasar Bekker: "Allá por el año 1670, dice, hubo en Suecia, en el pueblo de Mohra, provincia de Elfdalen, una cuestión de hechicería que causó gran sensación. Se envió jueces, y setenta brujas fueron condenadas a muerte; otras muchas fueron detenidas, y quince niños aparecieron mezclados en el sombrío asunto.

Se decía que las brujas acudían por las noches a una encrucijada, y que a la entrada de una caverna evocaban al diablo, diciendo tres veces:—"Ven, Anteser, llévanos a Blokula." Era el lugar encantado donde celebraban ceremonias diabólicas. El demonio Anteser aparecía bajo diversas formas: unas veces con casaca gris, calzas rojas ornadas de rubíes, medias azules, barba roja y sombrero puntiagudo. Las llevaba por los aires a Blokula, ayudado por cierto número de demonios casi todos ellos trocados en cabras; algunas brujas, más ariesgadas, acompañaban al cortejo montadas en mangos de escoba. Las que llevaban niños clavaban un palo en la parte de atrás de su cabra

y los chicos iban a horcajadas en él y aferrándose al cuerpo de las brujas sentadas delante. Cuando llegan a Blokula, se les prepara una fiesta; se consagran al diablo, a quien juran servir; se hacen un ligero rasguño en un dedo y con la sangre que les salen firman un pacto con el diablo. Se les bautiza en seguida en el nombre del

lores chillones y de aspecto un tanto familiar.

Capturado al fin el estandarte por los franceses vencedores, advirtióse con sorpresa, y entre gran algazara, que el pabellón tan rabiosamente defendido no era otra cosa que un vulgar abrigo femenino de lana de aquellos que llamaban "chales" antiguamente.

EUREKA ANTISÁRNICO Y GARRAPATICIDA SIN VENENO. Compañía Introducadora de Buenos Aires BME MITRE, 537

diablo, quien les da raspaduras de campanas, que arrojan al agua, diciendo:—"Como estas raspaduras no volverán jamás a las campanas de donde salieron, no vuelve jamás mi alma al cielo". La seducción mayor que el diablo emplea es la de la mesa; regala a sus brujas con un festín, después del cual juegan o luchan; si el diablo está de buen humor apalea a los presentes con una vara y ríe a mandíbula batiente. Otras veces les toca elarpa. (Se trata, al parecer, de un pobre diablo, bastante bonachón).

"Por las declaraciones que el tribunal obtuvo, se supo que las brujas tienen por hijos, sapos y serpientes." Estas y otras confesiones, de detalles en su mayor parte ridículos, motivaron, según afirma el autor citado, la condena a la hoguera de decenas de agentes del demonio, "sin que por eso, agrega, quedasen menos en el mundo".

Banderas extravagantes en los campos de batalla

En uno de los encarnizados combates sostenidos por los franceses en su intento de penetración en las regiones del lago Chad, se observó que los indígenas defendían con tenaz empeño un extraño estandarte de co-

mente, y que hoy son importados en África por los comerciantes franceses e ingleses.

Según relato de uno de los indigentes prisioneros, el "chal" había pertenecido a su reina, y después de ser bendecido a su modo por el mago curandero de la tribu, transformado en pabellón de guerra y fetiche, todo en una pieza.

En esto de las banderas, estandartes y emblemas belicosos, ofrece la historia casos curiosísimos.

Durante la guerra de la Independencia española hubo una guerrilla famosa en el Alto Aragón que llevaba por estandarte una larga púrtiga, sobre la cual aparecían una cruz, el morrión de un granadero francés y un sable.

Al estallar la sangrienta contienda entre Suecia y Dinamarca, a fines del siglo XIV, y en la que midieron sus armas los ejércitos del rey Alberto y de la reina Margarita de Waldemar, se ordenó a los guerreros daneses que sustituyesen todas sus banderas y guiones por un singular estandarte que debía avanzar a vanguardia. Consistía dicha enseña en una camisa de la soberana, prenda de finísima holanda y adornada con admirables cuchillos. A la sombra de la originalísima bandera ganó el ejército dinamarqués numerosos combates, acabando

do por derrotar al enemigo completamente en la mortífera batalla de Falköping.

Como supondrá el lector, al entregar la reina Margarita a sus soldados prenda tan íntima, hizo por estimular su ardor belicoso, recordándoles en todos los momentos el indomable valor de su reina.

Los rebeldes flamencos, al alzarse contra la dominación española en los Países Bajos, tenían por estandarte un gabán de cuero lleno de remiendos, del que pendían un zurrón y una escudilla. No contentos con ostentar este símbolo de pobreza, vestían los insurrectos del modo más astros posible, dándose el nombre de "pordioseros".

Cuando en 1813 declararon la guerra los alemanes a Napoleón I, abandonaron muchos regimientos sus banderas propias, marcharon a campo a con unos estandartes de lienzo blanco, en los que bajo el retrato de un hombre figuraban estas palabras: "¡Palm, el librero!..."

Querían recordar con ello los alemanes a su formidable adversario, el injusto fusilamiento del librero de Nuremberg, Felipe Palm, sentenciado a muerte por vender folletos contra Bonaparte. A decir verdad, fué aquél, y así lo reconocen hasta los mismos historiadores franceses, un asesinato inútil, que suscitó, al ser conocido, la indignación de toda Europa. Dos años después, al tener efecto la batalla de Watenbó, se debió parte principalísima de la victoria a la que ya se conocía en el ejército aliado con el nombre de "Brigada de los Libberos", compuesta en su mayoría de hijos de Nuremberg.

Cerca de Budapest existe una pradera llamada "el Campo de la Paloma Roja". Allí fué ahoreado en 1794 el revolucionario Martinovic, quien intentó establecer en Hungría la República, organizada sobre las mismas bases que en Francia.

El guión de los revolucionarios húngaros consistía en un largo varal, en cuyo extremo iba sujetada una paloma blanca disecada. Al adquirir aquel movimiento el carácter sanguinario que lo distinguía, fué teñida de rojo la antes blanca paloma, significando así los partidarios de Martinovic su propósito de no dar ni admitir cuartel.

En las espantosas luchas de la "Vendée", o sea de los realistas del Oeste de Francia contra los republicanos de 1793, conducían aquéllos al principio un pendón de guerra complicadísimo y extravagante. Consistía en un trencio de árbol, de cuyas ramas colgaban coronas nobiliarias, cintas azules, tiaras, un sombrero de cardenal, títulos de nobleza, escudos, cotas y otras cosas por el estilo, coronadas por un zueco, expresando el heterogéneo conjunto de objetos las ideas por que combatían los vendeanos.

Los conquistadores sajones usaban a guisa de guión una lanza con un caballo blanco en su extremo superior, y olvidado de puro sabido es que los legionarios romanos llevaban con el mismo objeto un águila de bronce sobre una pica.

Pero de todas las banderas de combate, ninguna más curiosa que la improvisada por el batallón marseillés en el ataque de las Tullerías el 10 de agosto de 1792. Consistía aquella en un par de pantalones de seda negra, extendidos sobre una especie de horca de madera, con este lema bordado en blanco: "Sin pantalones, pero libres. ¡Temblad, tiranos, porque aquí están los 'sansculottes'!" Remataba el terrorífico emblema el corazón recién arrancado de un novillo, sobre el cual se leía en letras de a cuarta: "¡He aquí el corazón de un aristócrata!"

En torno de tan grotesco estandarte se libró la primera y más terrible lucha de la revolución francesa.